

La empanada de Berenjena  
Augusto Godachevich  
(Diez obras breves)

- ¿Nunca leíste a Pirandello?
- Carne de mi madera
- Secretos y Febo
- Repuestos Biológicos
- La empanada de Berenjena
  
- Presentación Episcopal
- Perfidia mexicana
- Todo es sexo
- Motel Temático
- El departamento

*[Las cinco primeras escenas fueron estrenadas en el año 2007, en la obra “Reflexiones Empetroladas”, en el teatro “El Fino”, en capital federal, Buenos Aires. Actores: Julio Bona, Sergio Vigo, Paula Martinez, Leticia Salorio y Andrea Pascual. Director: Augusto Godachevich]*

*[Las cinco últimas cinco escenas fueron estrenadas en el año 2005, y reestrenadas en el año 2006, en la obra “Relaciones Clasificadas”, en la “Sala 420”, San Telmo, Capital federal, Buenos Aires. Actores: Paola Triñanes, Bárbara Carrere, Ariel Del Prete, Marina Fantini, Leonardo Nuñez y Augusto Godachevich. Dirección: Augusto Godachevich]*

¿Nunca leíste a Pirandello?

Yesica

Judith

[La siguiente obra breve fue creada como introducción a un espectáculo]

(Suena “Claro de luna” de Beethoven. La escena va cambiando de colores a través de la iluminación y las actrices vestidas de bailarinas van haciendo diferentes coreografías):

*Iluminación: Verde*

*Coreografía: Árboles estáticos*

Yesica —¿Y ahora qué?

Judith —No me acuerdo. (Silencio).

Yesica —¿Cómo que no te acordás?

Judith —Se me hizo una laguna.

Yesica —¿Qué tenemos que hacer cuando cambien las luces de color?

Judith —Eh... ¿De qué color son las próximas luces?

Yesica —Azules..., creo.

Judith —Para las azules era... la pileta de natación

Yesica —Ah..., claro. Estilo pecho, estilo pecho...

Judith —¿Y cuánto falta para que cambien las luces?

Yesica —Ya tendrían que haber cambiado.

Judith —¿Habrá que hacerle alguna señal al iluminador?

Yesica —A mí nadie me dijo nada. Yo no me pienso mover hasta que cambien las luces.

*Iluminación: Azul*

*Coreografía: Nadando pecho*

Yesica —Ahí cambiaron. Vamos. (Empiezan a simular que nadan).

Judith —Esto es cualquier cosa... ¿A vos te parece, empezar un espectáculo así?

Yesica —Yo que sé. El director me explicó el porqué de los colores y los movimientos físicos... (En confesión) ..., pero yo no le entendí nada.

Judith —Debe ser algo simbólico.

Yesica —(Recordando). Sí, eso me dijo. Que era algo simbólico. Que cada movimiento representaba un estado de la vida más allá de todo precepto cósmico inherente a no sé qué...

Judith —Y bueno, el director es él. Así que hagamoslo. De última se la agarrarán con él... ¿no?

Yesica —Y sí, es lógico. Yo no me pienso hacer cargo de nada.

Judith —Yo menos.

*Iluminación: Rojas*

*Coreografía: Patos*

Judith —¿Con la roja eran los aeroplanos?

Yesica —Eh... Sí. (Comienzan a moverse como aves. Yesica ríe). Yo cuando la ensayaba en casa le decía la “coreo de los patitos”.

Judith —Y bueno, cada uno le da el nombre que le parece. Total, es simbólico, ¿no?

Yesica —El otro día estaba en casa ensayando la parte del principio...

Judith —¿La del color verde?

Yesica —Sí, esa que parecemos árboles... Estaba con los ojos abiertos, mirando la nada, sintiéndome un antiguo roble..., y de

golpe entró mi mamá. Se pegó un cagazo bárbaro, pobre vieja. Pensó que me había agarrado una parálisis, o algo así. Empezó a gritar como loca... ¡Hija, hija!

Judith —Es que para la gente que no está en el arte, es difícil entender esto de la abstracción.

Yesica —Es verdad. Lo que pasa es que el actor tiene que tener la imaginación de un niño.

Judith —Claro.

Yesica —Eso es lo que le explicaba a mi mamá, después de que salí del trance. Pero para esa altura ya estaba la ambulancia en la puerta de casa.

*Iluminación: Luz en contra*

*Coreografía: Descanso, estiramiento.*

Yesica —¿Y este texto qué onda?

Judith —¿Qué texto?

Yesica —Éste... El que estamos “enunciando”.

Judith —(No entiende la palabra). ¿El que estamos diciendo?

Yesica —Claro.

Judith —Ah... Ni idea.

Yesica —Porque, a mi entender, no tiene un carajo que ver con la puesta en escena del director.

Judith —No, nada que ver. Tenés razón. Como que el texto es súper natural, ¿no?

Yesica —Claro, como una charla de entre casa.

Judith —Tal cual. Eso. Pero a la vez, cuando pensás en lo que el público está recibiendo, es todo un delirio.

Yesica —Como que hay una contradicción.

Judith —Tal cual. Esa es la palabra, contradicción.

Yesica —Yo tengo la sensación de que lo hizo a propósito.

Judith —¿Quién?

Yesica —El dramaturgo.

*Illuminación: Violeta*

*Coreografía: Marionetas*

Yesica —Seguro que escribió este texto, delirándole la idea esta, de los colores y los cuerpos, al director.

Judith —¿Vos decís?

Yesica —Sí, seguro... ¿No viste que se llevan como el orto?

Judith —Sí. El otro día escuché que se insultaban. “¡Abstracto de tu madre!” le decía el dramaturgo al director. “¡Concreto hijo de mil racionales!” le contestaba el director al dramaturgo. Y así estuvieron un rato largo.

Yesica —No te digo, se llevan re-mal.

Judith —Yo no me metí en la discusión porque era re-intelectual.

Yesica —Y sí. No hay que meterse en donde no la llaman a una.

Judith —(Pensando). ¿O sea que todo lo que estamos diciendo son palabras escritas por el dramaturgo para bastardear al director?

Yesica —Y sí, suena lógico. Somos actrices. Nuestro rol es el de interpretar el texto del dramaturgo a partir de las directivas del director, valga la redundancia.

Judith —Valga.

*Illuminación: Amarilla*

*Coreografía: Se agarran de las manos y giran*

Yesica —¿Y ahora?

Judith —No me acuerdo.

Yesica —¿En esta parte no hablábamos de algo trascendental?

Judith —No me acuerdo.

Yesica —¿Cuál es tu línea de texto que sigue?

Judith —¿Qué línea?

Yesica —Tu texto, lo que estudiaste. Lo que tenés que decir ahora.

Judith —¿Lo que escribió el dramaturgo para que yo diga?

Yesica —Sí, eso nena. ¿Cuál es tu próxima línea?

Judith —Eh... A ver (Piensa. Se acuerda). “No lo recuerdo”.

Yesica —Acordate.

Judith —No, no. Esa es mi línea de texto: “No lo recuerdo”.

Yesica —¡Ah! Pero eso no es nada trascendental Judith.

Judith —¿Y yo qué tengo que ver? Arreglatelas con el dramaturgo. Yo digo lo que él escribió. Por algo lo estudié.

Yesica —Yo recuerdo que venía una conversación profunda, pero no me acuerdo con que luz era.

*Iluminación: Blanca y dura*

*Coreografía: Declamación*

Judith —¿O sea que todo está escrito?

Yesica —Todo.

Judith —Nuestro destino ya está escrito y construido.

Yesica —(Resignada). Es horrible.

Judith —Pero yo no quiero. Yo quiero vivir mi vida.

Yesica —¿Qué dices, Jessica? ¡Tu vida es esto!

Judith —Tiene que haber algo más allá de este escenario.

Yesica —Lo hay, querida mía, lo hay. Pero tu destino se desarrolla aquí arriba. Eres un personaje. ¿Nunca leíste a Pirandello?

Judith —No quiero. Me resisto a tirar mi próximo texto. Me revelo contra mi carácter de personaje. No diré más nada, ni haré más nada, para complacer a esa dantesca dupla que son: el dramaturgo y el director. (Se queda quieta).

Yesica —(Ríe piadosa). Bien recuerdo, que eso último que dijiste, estaba escrito en el libreto. Y también recuerdo, que el director te marcó muy estrictamente, que te quedes quieta, y luego te marcó que te empezaras a mover cuando diera la luz...

*Iluminación: Verde*

*Coreografía: Puteadas entre ellas.*

Yesica —...verde.

Judith —Mil madres putas.

Yesica —(Aseverando). Esta es la parte donde... “¡la recajeta de tu madre!” ...ambas puteamos... “¡Tú vieja bien cogida!”  
...indiscriminadamente

Judith —“¡La concha de “tú” madre!” ya sé que parte es “¡pedazo de carne mal formada!” estudié el “¡Puto libreto!”.

Yesica —¿Cuánto más... “Forros y las recalcadas madres que los re-parieron infectos!” ...dura esta introducción... “¡defecada por imbéciles!?”

Judith —Creo que solo falta un “¡cajetudo cambio de luz, y que te trinque un paquidermo, forra!”

Yesica —Pues que venga entonces ese... “¡mal cogido cambio! ¡O es que, el hijo de mil putas del iluminador, está complotado con los otros dos forros, cabezas de pija podrida, y arrancada con los dientes de un crustáceo!”

Judith —“¡O molusco!”

Yesica —(Al iluminador). “¡Dale, chota rebanada por camicaces japoneses en celo!”

*Iluminación: Naranja*

*Coreografía: Final.*

Yesica —¿Y ahora?

Judith —Tenemos que retroceder. Tenemos que rajarnos de la escena para darle su conclusión.

Yesica —¡Uf! Menos mal. Ya estaba podrida. Vamos (comienzan a arrastrarse). ¿Pero nos vamos a ir así, sin decir nada con respecto al espectáculo que acabamos de abrir?

Judith —Mis textos no dicen nada con respecto a eso.

Yesica —Ah, claro. Ya sé. Mi texto que sigue es el siguiente... (Congelando el cuerpo. Hablando con otra voz, como poseída) *“Buenos noches queridos espectadores. Soy el dramaturgo hablando a través de un personaje. Les doy la bienvenida a este espectáculo y espero que lo disfruten”*

Judith —(Tocándola). Yesica... ¿Estás poseída?

Yesica — *“Les pido la más sincera de las disculpas. Pero lo que acaban de ver es el resultado de un entredicho que tuve con el director”* (Apagón) *“¡No! ¡No me apagués la luz! ¡Prendé!”*

Judith —Tranquila, ya pasó, ya pasó.

Yesica — *“Tendría que haberme imaginado, que ibas a marcar apagón cuando quisiera hablar. Hijo de mil abstracciones, que te la den por el surrealismo más amarronado”*

Judith —Vamos, Yesica, vamos. Ya ésta.

Yesica — *“Pedazo de Onírico. Forro”*.

Carne de mi madera

El Hada Azul

Gustavo Echecopar

(Se encuentra el hada azul sentada sobre un sillón en su cabaña. Ya está entrando en la tercera edad. Su traje esta corroído y sus alas rotas. Se encuentra bebiendo un whisky y cantando el tango “Cuartito azul” de Mariano Mores. Golpean a la puerta).

Hada —¿Sí? ¿Quién es?

Gustavo —¿Aquí vive el hada azul?

Hada —Pase.

Gustavo —(Joven desalineado. Ansioso). Insisto... ¿Usted es el hada azul?

Hada —Sí, jovencito. ¿Por qué? ¿Qué pretende usted de mí?

Gustavo —Magia.

Hada —¿Magia? (Ríe). Pasa. (Ella vuelve a sentarse).

Gustavo —¿Podría sentarme? Es que me duelen un poco las piernas, y el cuerpo un poco también.

Hada —No es fácil llegar hasta mi cabaña. El bosque es espeso y oscuro. Hay todo tipo de alimañas: Lobos, tigres, pumas... No sé cómo te has atrevido a venir hasta aquí. (Seductora). Pareces ser un jovencito muy valiente. ¿Cómo fue que no te perdiste?

Gustavo —Conseguí un mapa. Me lo dio un viejo carpintero, a cambio de una lata de pegamento. Realmente no sabía si creer que el mapa era de en serio. Pero bueno, aquí estoy... ¿No es así? El mapa era de veritas, de veritas. Todavía recuerdo al anciano despidiéndome feliz. Cantaba una famosa cumbia con su cabeza adentro de la lata de pegamento. (Ríe). Qué gracioso... ¿no?

Hada —Viejo falopero. Bueno, dime que es lo que quieres, ya que has tenido el tupe de venir a interrumpir mi tanpreciado aislamiento.

Gustavo —Resulta que me enteré, a través de algunas narraciones, que andan dando vuelta por ahí; que usted, el hada azul, supo hace mucho tiempo transformar la madera de un tal Pinocho en carne. ¿Es así?

Hada —Tampoco fue hace tanto tiempo. Pero... sí, algo así fue lo que pasó. No daré detalles, para no pecar de presuntuosa. No me gusta hacer pedantería de mi poderío.

Gustavo —¡Pedantería! (Se ríe de la palabra pues la considera obscena). Entonces... usted me podrá ayudar. Resulta que yo, tengo un problema semejante a ese, que tenía ese tal Pinocho.

Hada —(Acercándose mimosa). No veo que tu cuerpo sea de madera. Aunque espero que tengas ciertas durezas. (Riendo tonta). ¿No es así?

Gustavo —A veces corto leña, pero me canso rapidito.

Hada —(Manoteando su entrepierna). Hablo de otro tipo durezas.

Gustavo —(Ríe nervioso y se aleja del Hada). ¡Ah! ¡Qué atrevida que es usted! (Ríe). Picarona.

Hada —Es el aislamiento, cachorro. (Tomando la varita.

Mirando por la ventana). Hay días en que mi varita no alcanza, ni tampoco la ferocidad de los animales del bosque. Cuando veo pasar mis días sola, mirando por esta ventana caer a la nieve como suaves copos de algodón sobre los árboles, me digo a mi misma: Lo daría todo por una buena toronja.

Gustavo — (Que también mira por la ventana). Discúlpeme, pero ese no es un árbol de toronja. Esa es otra fruta.

Hada —¡Ay, querido! Eres perfectamente...

Gustavo —Gracias señora, muchas gracias. Pero mi madre desde chico siempre me ha dicho “Nadie es perfecto, Gustavito,

nadie. Así que no te sientas mal”. (Para sí) ...siempre ella me decía...

Hada —Sí, querido, tu madre tiene razón.

Gustavo —¿Me va a ayudar, entonces? ¿Va a hacer madera de mi carne, como lo hizo con Pinocho? (Por la desesperación se lleva puesto un mueble).

Hada —Ya te he dicho que no eres de madera, querido.

Gustavo —Mi profesor de teatro no opina lo mismo. Él me dijo “Gustavo Echecopar. Eres un mueble, un picaporte... Eres pura madera virgen”. Y luego agregó “Estas muerto en vida para el teatro”.

Hada —(Se sienta resignada frente a la situación). Eres más estúpido de lo que me imaginaba.

Gustavo —¿Me ayudará entonces?

Hada —(Toma un libro). A ver... Toma, interpreta este texto.

Gustavo —(Se mete en un personaje mucho más formal e interpreta el texto de la escena anterior): *“No quiero. Me resisto a tirar mi próximo texto. Me revelo contra mi carácter de personaje. No diré más nada, ni haré más nada, para complacer a esa dantesca dupla que son: el dramaturgo y el director”*.

(Sale del personaje) ¿Y? ¿Cómo estuve?

Hada —Yo nada puedo hacer por ti.

Gustavo —Pero si con Pinocho...

Hada —Pinocho era un excelente actor. Pinocho bailaba y danzaba para su público. La gente le tiraba monedas al verlo actuar. Pero tú, siendo de carne y hueso, eres todo un fracaso.

Gustavo —¿No podré actuar?

Hada —No, es una lástima.

Gustavo —A mamá no le va a gustar esta noticia. No le va a gustar nadita de nada.

Hada —¿Ella es actriz?

Gustavo —Sí, trabajó en “la extraña dama”. Apareció en dos escenas. Si quiere le muestro el video tape. (Saca el video tape de su bolsito).

Hada —No, no hace falta. ¿Y tú querías ser actor?

Gustavo —¿Yo?... No, para nada. Yo quería ser jardinero.

Hada —¿Y entonces?

Gustavo —Y entonces no podré volver. Me dijo mamá que no volviera hasta ser un actor de raza.

Hada —Y no vuelvas.

Gustavo —¿Y qué voy a hacer?

Hada —(Dicho con doble intención). Podrías ser el jardinero de mi bosque espeso.

Gustavo —¿En serio? Acá hay un montón de plantitas, ¿no?

Hada —Muchas, muchas.

Gustavo —Qué bueno, gracias señora Azul, muchas gracias. ¿Y adónde voy a dormir?

Hada —(Yendo hacia foro y mostrándole la pieza fuera de escena). Ahí... ¿ves?

Gustavo —Pero hay una sola camita.

Hada —Y está casi sin estrenar. (Ella lo mira y lo palpa seductora. Él se da cuenta de la situación).

Gustavo —¡Ah! Picarona. (Suena el tema “Azul” de Cristian Castro. Ella comienza a perseguirlo. Él le canta la letra. Ella se enamora más aún y lo termina atrapando. Apagón).

## Secretos y Febo

Lucía

Óscar

(Se encuentra Oscar sollozando en un banco de plaza. Ella llega)

Lucía —¿Óscar?

Óscar —No me mires, no me mires en estas condiciones.

Lucía —¿Qué es lo que te ocurre, mi ángel parapléjico?

Óscar —Es algo terrible.

Lucía —Cuéntamelo, cuéntamelo todo.

Óscar —No me pidas eso, moriría de pudor. (Ve que lo mira).

Te he dicho que no me mires, carajo. (Ella corre la vista espantada). Vete. Ahora que ha llegado el verano... deberás dejarme.

Lucía —¿Qué dices, esbelto ser al que adoro, como el Papa adora al oro?

Óscar —Te tendría que haber avisado antes, pero... tuve miedo... tuve miedo de perderte... y ahora..., ya es tarde.

Lucía —¿Por qué me perderías, mi gorrión subcutáneo?

Óscar —Ya no puedo ocultártelo más. Hoy te develaré mi terrible secreto.

Lucía —Ni el más cruento de los secretos podrá separarnos jamás, mi petirrojo dicotiledóneo, ven abrázame...

Óscar —(Soltándose en un grito). ¡No! No me toques. Nunca más me toques, María de las Magdalenas. (Ella se queda estupefacta). ¿No te das cuenta que estoy maldito?

Lucía —¿Cómo? ¿Pero quién te maldijo a ti, que encabeces el top-ten del buen samaritano?

Óscar —El sol, Lucia, estoy maldecido por el sol.

Lucía —¿Qué tendría contra ti el benévolo Febo? ¿Acaso envidia el brillo que irradia tu bello rostro etrusco?

Óscar —No sé qué tiene contra mí, esa maldita esfera pirómana. (Imaginando que el sol quema entre sus manos). Sólo sé que, por culpa de su existir astral, no pasa un puto verano, sin que yo... (Quiebra. No puede pronunciar la palabra) ...su...

Lucía —Dímelo, dime cual es el síntoma de tal fatal maldición.

Óscar —Te lo diré. Mi problema es... que... en verano...

(Silencio sepulcral. Quitándose el saco y mostrando aureolas en sus axilas) ...suda.

Lucía —(Estupefacta). Es increíble.

Óscar —Lo sé, María Victoria, soy un monstruo. Ahora, que ya conoces mi horrible secreto, corre. Corre sin parar, y trínicate al primer masculino con tendencias heterosexuales que encuentres por el camino, para así poder olvidar a este engendro sudoroso que soy. ¡Vete!

Lucía —(Fascinada). ¡Es maravilloso!

Óscar —¿Qué dices? No te burles de mí, no te burles como lo hacían mis amigos: Javier, Nicolás, Eduardo, Iván Ezequiel y Eustaquio, que está allá, en la última fila.

Lucía —(Ella corre fascinada hacia él. Lo abraza y empieza a olfatearle el sobaco). Te amo, te amo.

Óscar —(Intentando sacársela de encima). ¿Qué haces? ¿Qué haces?

Lucía —(Lamiéndole las axilas). Déjame lamerte las axilas, déjame degustar de ese par de salinas erógenas.

Óscar —(Quitándosela de encima). ¿Qué haces? ¿Estás loca, acaso?

Lucía —Amo a los hombres sudorosos.

Óscar —Estás loca. Estás inventando todo esto. Déjame ir... ¿No te das cuenta que soy ser inmundó?

Lucía —No lo eres para mí. Hay algo que tú no sabes. Tú no eres el único con secretos en este hábitat silvestre.

Óscar —¿Qué dices?

Lucía —Hace unos meses mi psicóloga me diagnosticó un “Electra de la San puta”.

Óscar —Eso no explica nada.

Lucía —¿Cómo qué no? ¿Acaso olvidas que mi padre trabajaba en el puerto? Yo me crié entre sus brazos... (Excitándose)... peludos, ardientes y sudorosos. Sobre todo, eso: sudorosos. (Acercándose a él). ¿Entiendes ahora, o tengo que comprarte la obra completa de Sigmund Freud?

Óscar —(Sonriendo.) ¿Entonces no deberás dejarme?

Lucía —Exacto. Parece que somos... complementarios.

Óscar —Pero... ¿Y en invierno?

Lucía —En invierno saldrás a correr tres vueltas manzanas, harás setenta flexiones de brazo, y luego entrarás en nuestra alcoba, y me empaparás mis glándulas gustativas, y anexos.

Óscar —Ahora entiendo por qué que me pedías la ropa sucia.

Lucía —Debo admitirlo, me has descubierto. (Él intenta besarla. Ella se lo prohíbe. Le levanta el brazo y le lame el sobaco. Ella, ahora sí, lo va a besar en la boca. Él se asquea. Igual lo besa. Salen de la mano).

## Repuestos Biológicos

Hélida  
Leonor  
Lucio

(En proscenio, a la izquierda, una mesa cubierta por un mantel. Debajo de la mesa una heladera portátil cubierta por ropa lavada por ser planchada. En foro, a la derecha, un moisés junto a una silla. Dentro del moisés hay un bebé. Se escucha el llanto del bebé que se encuentra en el moisés. Cenital blanco sobre el moisés y la silla. Hélida entra en escena y se dirige hacia el bebé. Lo saca del moisés y comienza a darle la teta. El bebé cesa en su llanto. Comienza a cantarle con una melodía improvisada):

*Bebe, bebe,  
bebe toda la leche.  
Bebe toda la leche sin parar.*

*Crece, crece,  
crece sano y fuerte.  
Mama toda leche sin parar.*

*Que mañana, quién sabe,  
tú puedas ayudar.  
A otro niño, quién sabe,  
tú puedas sanar.*

*Así que...  
Bebe, bebe,  
bebe toda la leche  
Bebe toda la leche una vez más.*

(Suenan las campanas. Dejan al bebé en el moisés. Va a abrir la puerta. Entra una pareja).

Lucio —Permiso.

Hélida —Sí, pasen, pasen. Pongansé cómodos.

Lucio —Gracias.

Hélida —Bueno, cuéntenme... ¿Qué andaban buscando?

Lucio —Bueno, vea, nosotros... hablamos con “alguien” que nos dijo que usted podría ayudarnos. ¿No sé si me comprende?

Hélida —Sí, claramente. Díganme ¿Qué necesitan?

Lucio —Resulta, que nuestro hijo, nació con una... deficiencia en un órgano... y no podrá vivir si...

Leonor —(No soporta más la situación. Interrumpiendo):  
¡Vamos!

Lucio —Ya vinimos hasta acá. Ahora te la bancás.

Leonor —Esto no está bien, no está bien.

Hélida —No se preocupe, señora. Yo la entiendo. Está en juego la vida de su hijo. Pero no se preocupe. No hay nada de malo en la adquisición de “repuestos biológicos”. No sabe lo que ha crecido mi pequeña empresa en estos últimos años. Se asombraría de la cantidad de personas que recurren a mí en busca de ayuda.

Lucio —Sí, vea, usted lo pinta muy bonito, pero... es un tanto difícil. Nosotros nunca hicimos nada en forma “ilegal”. Es una situación bastante complicada...

Hélida —No se preocupe por eso. En poco tiempo, mi empresa estará totalmente legalizada. Si quiere pase en un par de meses a buscar su factura.

Lucio —¿Legalizada dijo?

Hélida —Sí, ya estoy tramitando todo. Es que..., hace muy poco..., uno de mis repuestos salvó la vida del hijo de un

importante político; y por lo tanto él está viendo como devolverme mi humilde favor.

Leonor —(Se da cuenta). Salvó al hijo del Vicepresidente ¿No es así?

Hélida —Imagine que no puedo dar cierta información.

Leonor —Seguro, fue usted. (Sonriendo). Debería sentirse orgullosa.

Hélida —Mi trabajo es tan noble como el de cualquier ciudadano de este hermoso país.

Leonor —(A Lucio). Lo vi hablando en el programa de chimentos, al Vicepresidente... Tenía los ojos llenos de lágrimas. A mí me conmovió. Mi hijo está vivo, decía... Está vivo...

Hélida —¿Cuál es el órgano que necesitan?

Leonor —(Se le hace una laguna de la desesperación). Ese por donde pasa el... (hace gestos) ...el bolo cuando cae... la pelota con saliva... (Es interrumpida por Lucio).

Lucio —El estómago.

Leonor —(Sollozando). Sí, el estómago. Dijo el médico que no podrá vivir sin un trasplante inmediato. Yo no entiendo... Si tenemos dos pulmones..., dos riñones... ¿Por qué no podemos nacer con dos estómagos?... Hasta tenemos el apéndice que no se sabe ni para qué mierda sirve... (Gritando hacia el cielo): ¡Dos estómagos te pedía nada más, miserable, dos!

Lucio —(En un grito). ¡Basta Leonor!

Hélida —Entiéndala, necesita desahogarse.

Lucio —¿Cuánto nos saldrá?

Hélida —A ver... (Tomando una calculadora). ¿Cuántos meses tiene el bebé?

Lucio —Cuatro meses.

Hélida —Ajá. (Sigue sacando la cuenta) Muy bien... Les saldrá... 20.000 dólares.

Lucio —Pero eso... es muchísima plata. ¿20.000 dólares?

Leonor —¿Cuánto puede salir la vida de tu hijo? Miserable.

Lucio —¡No dije que no lo pagaría! (Mirándola a Héliida para ver si le baja el precio). Es que imaginaba que sería un poco menos. (Héliida no acusa lo dicho).

Leonor —Tendremos que economizar. Daré lo que sea por mi Gervasio.

Lucio —Te dije que no se va a llamar Gervasio.

Leonor —Se va a llamar Gervasio quieras o no. Se lo prometí a mamá antes de que muriera. Era el nombre de su padre.

Lucio —No me importa nada de nada, mi hijo no se va a llamar Gervasio, y se acabó.

Leonor —Ojalá no fuera tu hijo.

Lucio —¿Qué decís?

Leonor —Que ojalá no fuera tu hijo. Seguro que la información genética defectuosa del estómago estaba en tus genes. Siempre desconfíe de tu esperma.

Lucio —Hubieses probado con otro esperma. (Para sí):

Desconfiar del esperma de uno.

Leonor —¿Y quién te dijo que no probé con otro esperma?

Lucio —¿Lo hiciste? ¿Probaste con otro?

Leonor —(Silencio): ¡No! ¡No lo hice! Pero lo tendría que haber hecho. Te di los mejores años de mi vida, y vos ahora no querés pagar el estómago de Gervasio, de nuestro Gervasito.

Héliida —(Interrumpiendo). Perdón, perdón... No quisiera interrumpir, pero tengo mucho trabajo que hacer.

Lucio —Está bien. ¡Deme ese estómago!

Héliida —Muy bien, usted está tomando la decisión acertada. Aguardenmé. Ya les entrego el órgano.

Lucio —(Va hacia la heladerita). ¿15.000 dijimos, no?

Héliida —No, 20. (Se pone a buscar). A ver... a ver...

Lucio —(Haciendo el cheque): ¿A nombre de quién?

Hélida —Repuestos biológicos s.r.l (Buscando en la heladera).  
A ver...me parece... Acá hay uno. (Les muestra la bolsita): Se  
llamaba Hernán. ¿Se lee?

Lucio —Sí, sí. (Los padres se miran aterrorizados).

Leonor —Muy lindo nombre.

Hélida —(Dándose cuenta del error): ¡Ah, no! Pero este es de  
uno dos meses. (Vuelve a buscar): No. Mee van a tener que  
disculpar, pero no tengo un estómago para ustedes.

Lucio —¿Cómo que no tiene? Mejor que me consiga uno... Mire  
que soy capaz de hacer cualquier cosa...

Hélida —(Indiferente). ¿Cuántos meses dijo que tenía Gervasio?

Lucio —No se va a llamar Gervasio.

Leonor —Cuatro meses.

Hélida —(Sorprendida de no haberse dado cuenta). Pero, claro...  
¡qué boba fui!

Lucio —¿Entonces tiene?

Hélida —Sí, claro, me había olvidado de Julián.

Lucio —¿Qué Julián?

Hélida —Claro... (refiriéndose al bebé): Julián tiene cuatro  
meses, como su Gervasio. (Hablandole al bebé): Julián, te  
presento a la familia... (Espera respuesta. los padres no  
reaccionan).

Leonor —¡Dios mío!

Lucio —Pero ese bebe está vivo.

Hélida — Todos estuvieron vivos en algún momento. Pero ellos  
nacieron con un noble deber: ¡Salvarle la vida a los demás niños  
del mundo!

Leonor —Usted nos quiere decir que todos esos restos, son de  
anteriores hijos suyos.

Hélida —Así es, mi querida. (Orgullosa): Pero ellos ya han  
cumplido con su deber. Gran parte de sus órganos, ya han

salvado varias vidas. Y créanme, ellos, aún muertos, seguirán salvando muchas más.

Leonor —¡Dios mío!

Lucio —Es una asesina.

Hélida —¿Pero no ha entendido nada de lo que le expliqué?

Lucio —No me venga a mí con toda esa moralina ridícula.

Hélida —Usted de envidia, porque mis hijos fueron héroes a tan corta edad, y el suyo, ni siquiera tuvo los mínimos huevos para nacer medianamente sano.

Lucio —Pero... ¿Qué dice? La voy a denunciar.

Hélida —Vaya, hable con... el vicepresidente. Pero, si lo hace, tendrá que renunciar a su estómago.

Lucio —Conseguiré otro.

Hélida —Bien sabe que no conseguirá otro. (Hablandole al bebé). No le queda tiempo.

Lucio —(Sabe que es así). Entonces... que Gervasio... muera.

Leonor —(En un ataque de llanto). ¡No! Lucio, por favor, págale lo que te pide.

Lucio —No pienso permitir que mate ese bebé para salvar el nuestro.

Hélida —De todos modos, mi Jualincito morirá. Es su destino.

Lo engendré con ese plan. Está escrito.

Lucio —Yo lo puedo evitar.

Leonor —Págale lo que te pide, y vamos.

Lucio —Pero lo va a matar...

Leonor —Que haga lo que quiera, es su hijo. (A Lucio). Por favor, mi amor... Si haces esto, voy a estar eternamente agradecida. Voy a hacer todo lo que me pidas. Nunca más me voy a quejar porque dejás la toalla mojada arriba de la cama, ni porque dejás el dentífrico abierto, ni porque meás la tabla...

Lucio —(Le da una cachetada a Leonor): ¡Basta, Leonor!

(Leonor cae al piso y lo mira desde ahí enceguecida de ira. Él se

desespera y le da el cheque): Deme ese estómago. El estómago, el estómago...

Hélida — Por favor le pido que...

Lucio — (Desesperado): ¡Por favor!

Hélida — Por favor... (Trata de tranquilizarlo, pero es imposible).

Lucio — ¡Por favor!

Hélida — (Comienza a calzarse los guantes y a ponerse el delantal. Agarra al bebé. Este comienza a llorar. Lucio trata de agarrar a Hélida, pero Leonor lo retiene. Hélida va hacia la mesa de proscenio. Los padres se quedan contemplando desde foro.

Hélida desenvuelve a su hijo. Con la música de fondo)

Gracias, querido Hernán. Gracias por honrar a tu madre. Gracias por sacrificarte por mí. Quiero que sepas que morirás en paz.

Morirás sin haber cometido pecado alguno. Morirás sin haber decepcionado a tu madre, eligiendo a una mujer que sea inferior a mis expectativas. Morirás sin haber elegido una ridícula carrera, con la cual te ibas a morir de hambre, de seguro.

Morirás sin haber ido a la guerra, a morir por una patria que te desprecia y te ignora. Morirás sin haber engendrado un hijo, sin haber plantado un árbol, sin haber escrito un libro. Hijo mío, morirás siendo un héroe de esos que tanta falta nos hacen hoy.

(Lo recuesta sobre la camilla y lo mira.) Hijo mío, sé el ejemplo para los niños del mañana... y muere. (Baja cuchillo hacia el bebé, apagón y grito de Lucio).

## La empanada de Berenjena

Jefe / Arnaldo

Empanada / Di Baggio

(Oficina. Jefe sentado en su escritorio. Entra Di Baggio, un hombre con traje de empanada)

Arnaldo —(Se percata de la presencia de Di Baggio). ¡Ah! ¡ Di Baggio! Venga, pase, siéntese.

Di Baggio —(Trata de sentarse pero ve que no puede por el traje). Prefiero quedarme... parado.

Arnaldo —Como usted quiera. Tome Di Baggio. (Le da un cheque). Tengo la liquidación de su sueldo. ¿La prefiere en efectivo o en vales para empanadas?

Di Baggio —No entiendo...

Arnaldo —Lamento decirle que está despedido.

Di Baggio —Pero... ¿Por qué? Creo..., creo haber sido un empleado eficiente.

Arnaldo —Lo sé, Di Baggio, lo sé. No es usted el problema.

Di Baggio —¿Y cuál es el problema? Déjeme recordarle que fui el primero del curso en aprender la coreografía. ¿No valen nada mis años de ballet? Yo estudié con las mejores eminencias del Colón. ¿Eso no vale nada?

Arnaldo —Le dije que no es usted el problema, Di Baggio. ¿Por qué no me escucha?

Di Baggio —Está bien, lo escucho. Pero comprenda mi situación. Tengo hijos que mantener. Creía desempeñar muy bien mi rol de empanada danzante. Soy un profesional.

Arnaldo —Escuchemé, Di Baggio: Las empanadas de su gusto no funcionaron. No tuvo nada de éxito la empanada de... (No recuerda el sabor).

Di Baggio —(Señalándose la “B” que tiene en el pecho).

¡Berenjena!

Arnaldo —Eso, berenjena. Así que la vamos a dejar de ofrecer a los clientes.

Di Baggio —¿Ese es el problema?

Arnaldo —Sí, Di Baggio. Igual no se preocupe. Tenemos su currículum... y como tenemos en vista nuevos sabores lo llamaremos en breve para que vuelva a trabajar para nuestra empresa.

Di Baggio —¿Qué otros sabores tienen en vista? Así ya puedo ir... integrándolos... incorporándolos...

Arnaldo —(No sabe). ¡Eh!... Me parece que vamos a hacer unas de remolacha y unas de anchoas, pero... no estoy muy al tanto del asunto. Le informaré llegado el momento...

Di Baggio —(Agarra los vales y se va. Pero decide sacar toda la bronca que tiene reprimida): Usted no tiene vergüenza. Usted no tiene derecho, a dejar de fabricar, así porque sí, el gusto que me representa. Me tendría que haber consultado antes. ¿No le parece?

Arnaldo —Pero... ¿qué dice?

Di Baggio —Usted porque es un ignorante. ¿Sabe lo difícil que es la creación de un personaje? ¿Sabe el tiempo que me llevó poder crear y entender a este personaje que es la empanada de berenjena? (El jefe va a contestar). ¡No! ¡No tiene ni la más remota idea! Porque en su puta vida leyó algún escrito de Stanislavsky, ni de Grotowsky, ni de nada. Usted es un ignorante.

Arnaldo —Retiresé, o lo voy a tener que despedir con causa justificada, y se va a quedar hasta sin los vales. No me haga enojar.

Di Baggio —Usted es el que me hace enojar. Pero yo no voy a dejar que me pase por encima porque simplemente es dueño de

una cadena de comida. ¡No señor! ¡Usted no tiene poder sobre mí, ni sobre mi arte!

Arnaldo —Escuchemé, Di Baggio. Deje el disfraz sobre la silla y retiresé de inmediato, antes que lo haga sacar a patadas.

Di Baggio —(Riendo sarcástico): ¡Jajaja! ¿Disfraz? ¿Qué disfraz, imbécil? Esta es la piel de mi personaje. De ningún modo se la daré. Sería matar a mi creación. ¿Usted quiere matar a mi creación, acaso? (El jefe agarra el teléfono y marca. Di Baggio le tira el teléfono al piso).

Arnaldo —¿Qué hace? ¿Se volvió loco?

Di Baggio —¡Mi empanada está viva! (Gritando demente como en la película Frankenstein): ¡Está viva! (Truenos. Ríe endemoniado).

Arnaldo —(Gritando): ¡Auxilio! ¡Ayudenmé!

Di Baggio —(Sacando un revolver): No grite, su secretaria... salió a comer... (como haciendo el mejor chiste de su vida) ...empanadas (Ríe más loco que nunca).

Arnaldo —Guarde ese revolver, Di Baggio, piense en sus hijos.

Di Baggio —Yo ya no soy Di Baggio. Llámeme: “Empanada de Berenjena”. Fui creada para luchar contra el capitalismo... (El jefe ve que no lo observa y comienza a llamar por teléfono) ..., contra los viles mercaderes, que se llenan sus bolsillos de oro, a costa del hambre del pueblo. Fui creada para la revalorización del arte. De ahora en más sabrán lo que es belleza, igualdad y justicia. La corrupción tiene una nueva enemiga en mí.

Arnaldo —(Hablando por teléfono): ¿Hola? Necesito ayuda..., soy Arnaldo... (Di Baggio dispara y lo mata. Silencio. Di Baggio baja la pistola).

Di Baggio — (Mirando hacia el público. Amenazante) Ronald, voy por ti. Me encanta. (Apagón).

## Presentación episcopal

Santiago

José María / Cura

(Santiago sale a abrir el espectáculo, con galera y traje, y cantando una canción mientras hace una coreografía. En un momento de la coreografía se saca la galera y muestra un miembro de goma que tiene en su frente. Más precisamente cuando canta el verso “Les entrego con total desinhibición”).

*Santiago:*

*Buenas noches. Bienvenidos al show.*

*Garantizo una brutal diversión.*

*Fantasías reprimidas de ayer y hoy  
les entrego con total desinhibición.*

*Abra paso a sus sentidos,  
deje salir su libido,  
y baje la bragueta  
de su imaginación.*

(Vuelve a ocultar el miembro de goma con la galera)

José María —(Desde detrás del público): ¡Blasfemia!

Santiago —¿Eh?

José María —Blasfemias e injurias. ¿Cómo te atreves a incitar a la plebe a soltar su libido? ¿Estás demente acaso?

Santiago —¿Puede retirarse?

José María —(Sin escucharlo): ¿No te das cuenta, que tus recomendaciones son perjuras, son pecaminosas? La represión es el mejor método para ganarse el paraíso.

Santiago —¡Pará, hermano! Esto es parte del espectáculo.

José María —No me llames hermano. Tú no eres hijo de nuestro padre. (Integrando al público): Eres un aborto del cielo, eres una mala cesaría de todo proyecto de persona digna

Santiago —(Reprimiéndose, irónico): ¿Eso no es un poco ofensivo?

José María —(Subiendo al escenario de un salto): Tú ofendes al señor con tu cántico cabaretero. Pero ahora pagarás las consecuencias. (Saca un rebenque. Y lo levanta. Gritando cual He-man): ¡Por el poder divino! (Tomándolo entre las manos): ¡Ya tengo el poder! (Comienza a hacer una completa muestra de su arte marcial usando el rebenque como nunchaku al ritmo de una música y con un juego de luces. Termina en una pose de ataque hacia Santi):

Santiago —(Despectivo): ¿Y eso?

José María —Fui educado por la milicia, hace algunos años, para luchar contra los insurrectos; contra aquellos parásitos que decían tener sus propios ideales. Fui educado para ejercer mano dura... Porque todos sabemos que, no hay mejor mano dura..., (proyectando) ...que la mano de dios. (Hace un movimiento mezcla de karate con la señal de la cruz).

Santiago —(Despectivo): Ni se le ocurra tocarme un pelo con eso.

José María —Calla, pecador. Ahora recibirás lo que te corresponde. (Le pega en la galera quitándosela y haciendo que el miembro vuelva a emerger con ímpetu. José ve el miembro. Se sorprende). ¡Dios mío! ¿Qué es eso? (Se queda hipnotizado).

Santiago —¿El qué? (Se da cuenta de lo que le habla). ¡Ah!...

¿Esto? Es un miembro de goma. Está bueno... ¿no?

José María —(Desesperado): Sí, sí, sí...

Santiago —Es muy simpático... y además muy funcional.

José María —Es maravilloso... ¿Puedo...tocarlo?

Santiago —Toque, dele con confianza.

José María —(Se acerca y se reprime tirándose al piso en un grito de dolor): ¡No! ¿Qué estuve por hacer? ¡Dios mío!

Perdóname, Dios mío. (Comienza a auto flagelarse con el rebenque). Por mi culpa, por mi gran culpa. Por mi culpa, por mi gran culpa. Por mi...

Santiago —Basta con eso.

José María —(Al público. Va a ir transformándose gradualmente): Perdónenme. Es que ustedes no entienden lo difícil que es el celibato. No saben cuán difícil es reprimir el deseo. (Comienza a explicar mientras se va excitando): Cada vez que poso mis pupilas en un escote... Cada vez que comienzo a seguir el contoneo de las caderas de las señoritas que van a misa... Cada vez que veo un buen bulto apretadito por el jean... Cada vez que desvisto a los monaguillos después de la misa... (Explota): ¡Basta! ¡Basta de entregar el cuerpo de un tercero! ¡Basta de entregar el cuerpo de Cristo! ¡De ahora en más entregare mí cuerpo! (Se transforma totalmente. Danza y baila frenéticamente).

Santiago —¡Aleluya hermanos! ¡Aleluya! Hemos logrado otro milagro. Hemos exorcizado a uno más. Este hermano está libre de toda represión.

José María —(Extra libidinoso): Sí, sí, y me los voy a coger a todos. (Estalla en una risa frenética. Comienza a señalar al público de uno). A vos, a vos, sí, y también a vos. Los de allá... Y los de más allá...

Santiago —Bienvenido, hermano. (José le agarra la pata a Santi y le hace perrito): Bienvenidos a nuestro “Templo del fallo”. Y bienvenidos a nuestro show.

José María —Si me voy los voy a coger a todos. A sus hijos y a los hijos de sus hijos y los nietos de los primos de sus tíos... (Apagón)

## Perfidia mexicana

Natalia Josefina

Laura Cristina

Natalia Josefina —(Entrando). Buenas tardes.

Laura Cristina —¿Qué haces aquí? ¿Cómo te atreves?

Natalia Josefina — Vine a hablar contigo, Laura Cristina.

Laura Cristina —Vete de aquí, ser traicionero y atroz. No tengo nada que hablar contigo. Por más que lo intento, no puedo comprender como tú has osado apropiarte de mí Héctor Luis. Con lo que sabes que yo lo adoro. ¿Cómo has osado saciar tus instintos más perversos a costa de mi dolor?

Natalia Josefina — Compréndeme, Laura Cristina. Hay algo que tú no sabes. Yo, en secreto, también adoraba a Héctor Luis. Así como los Incas adoraban al sol, así como los evangelistas adoran al evangelio, y así como adoro a Dora, mi madre.

Laura Cristina —Mentira. Esa no es más que una cínica y perversa mentira, para justificar tu pérfido accionar.

Natalia Josefina —No es mentira. Yo he llorado por las noches. Así como lloró Penélope en su espera, así, tal cual, he llorado yo. He llorado por no poder sacar de mi alma este cruel secreto. He llorado por no poder contarte a ti, Natalia Josefina, que yo también amaba a Héctor Luis. Pero ya no. Ya no pienso ocultar más nada.

Laura Cristina —¿Con qué artificio has logrado que Héctor Luis se fijara en ti? Yo he pasado, meses y meses, tratando en vano de seducirlo, sin conseguir ni la más insignificante mirada. ¿Qué tienes tú, pérfida mujer, que yo no tenga?

Natalia Josefina —No lo sé, Laura Cristina, no lo sé.

Laura Cristina —¿Serán tus rulos acaso, los que, con bucle de circunstancia, lo atrajeron hacia ti? ¿Lo habrás enredado con tus cabellos de sogá africana? ¿Eh? Dímelo.

Natalia Josefina —No lo creo, ya que él se enamoró de mí, cuando yo aún, me planchaba el cabello. Así como se plancha las camisas mi abuelo en las tardes otoñales.

Laura Cristina —¿Serán tus pechos, entonces? No lo creo. Yo también estoy bien dotada en ese sentido. Aunque, veo que los tuyos tienen una cierta redondez que los míos no. ¿Será eso, acaso?

Natalia Josefina —No lo creo. Ya que su novia anterior, Silvana Jaquélín, era una tabla perfecta. Así como las tablas que usa mi primo Ernesto Rubén para la construcción de repisas, donde pone todo tipo de adornos griegos.

Laura Cristina —(Descubriéndolo) ¡Ya sé, entonces! Fueron tus caderotas elephantinas las que sedujeron a mi Héctor Luis. (Silencio) Contesta, Natalia Josefina, contesta.

Natalia Josefina — Sí, él se ha fijado en mis nalgas. Así como se ha fijado mi tío Pedro, a la hora de preparar un omelette, si había huevos en la heladera.

Laura Cristina —¡Oh, Dios mío! ¿Por qué has designado para mi enamoramiento a un ser al cual no puedo complacer? ¿Acaso eres de carácter jocoso, y no encuentras mayor diversión que la de asignarnos frustrantes destinos, para así, poder entretener tu enferma cabeza celeste? (Simulando que no llega a escuchar a Dios). ¿Eh? (Quebrando). ¡Estoy condenada al sufrimiento!

Natalia Josefina —No lo tomes así, querida amiga.

Laura Cristina —(Interrumpiendo. Risa sarcástica) ¿Amiga? (Risa). Tú ya no eres mi amiga. No te atrevas a volver a llamarme de ese modo, nalgas amorfas.

Natalia Josefina — Ya no te soporto. Me das lástima. Así como le dan lastima a mi abuela Elena las palomas del parque que,

heridas por los salvajes niños faltos de educación, ya no pueden volar.

Laura Cristina —Vete si quieres, pero antes dime: ¿Ya han hecho el amor?

Natalia Josefina —No te responderé eso.

Laura Cristina —¿Por qué no quieres responderme, Natalia Josefina?

Natalia Josefina —Porque quiero lastimarte, Laura Cristina.

Laura Cristina —Pues ya me has lastimado. Ahora te pido que mates a este neurótico amor que llevo encerrado en el corazón. Utiliza tus dinamitadas palabras; arrójalas sobre mí; y dime de una vez por todas si ya han hecho el amor.

Natalia Josefina —(En confesión): Sí, Laura Cristina, ya lo hemos hecho. Así como lo han hecho mis abuelos maternos, sin querer, una tarde, creyendo que practicaban una posición de yoga.

Laura Cristina —Lo sabía. Lo sabía. ¿Y él? ¿Él te ama?

Natalia Josefina — Sí, me ama. Me ha prometido amor eterno. Así como prometen las codornices...

Laura Cristina —(Interrumpiendo. Sarcástica). Nada es eterno, Natalia Josefina.

Natalia Josefina —Me conformo sólo con la promesa. Así como se conforma mi primo, Arnaldo André, con manosearse a diario su miembro viril.

Laura Cristina —Bien sabes que cuando tus floridas nalgas se marchiten, cuando éstas se machuquen como frutos pasados de estación, Héctor Luis te dejará, te dejará ya vieja y agujereada como a un antiguo colador español.

Natalia Josefina —Nunca me dejará.

Laura Cristina —Vete ya, lisiadita mental, y déjeme con mi soledad.

Natalia Josefina — Tú lo quisiste así. Así como...

Laura Cristina — (Interrumpiendo.) Vete de una vez. Y quiero que sepas que, de ahora en más, cada penetración del miembro de Héctor Luis en tu espesa cotorra, será una puñalada en mi corazón; y así como tu pozo hará brotar líquido lubricante, mi corazón se desangrará hasta morir.

Natalia Josefina — Yo no lo quise así...

Laura Cristina — Pero así fue.

Natalia Josefina — Adiós (Sale).

Laura Cristina — Adiós. Y vete a la mierda. Así como van las golosas moscas en las tardes veraniegas. Adiós. (Apagón. Gritando) Nalgas amorfas.

Todo es sexo

Juan

Luciana

Profesora

Madre

(Luciana está esperando el colectivo. Entra Juan):

Juan —¿Qué tal, señorita? ¿Me dice la...

Luciana —No quiero coger con usted, gracias.

Juan —No. ¿Qué dice? Yo solo quiero saber la hora...

Luciana —No señor, le dije que no. Ni ahora ni nunca.

Juan —(Señalándose el reloj): No, no, la hora señorita...

Luciana —Le dije que no. ¿Qué quiere? ¿Qué llame a la policía?

Juan —No, yo solo hablaba del reloj... (Juliana le tira aerosol con pimienta en la cara. Juan grita desesperado)

Luciana —Degenerado de mierda. (Sale ofendida).

(Juan se queda en el extremo izquierdo del escenario y saca una hoja de la carpeta que traía debajo del brazo. Entra la profesora por derecha y va hacia el público. Juan la ve entrar y le muestra su parcial).

Juan —Profesora, vea, me parece que acá se confundió al sumarme la nota. A mí me da siete, no seis.

Profesora —¡Cogeme y te pongo un ocho!

Juan —¿Qué?

Profesora —Que me cojas, borrego. Necesito un poco de carne joven.

Juan —No, usted no me entiende. Acá... (mostrando el parcial)  
¿Ve? Se equivocó al...

Profesora —Está bien, cogeme y te pongo un nueve.

Juan —No, profesora, yo solo quiero que se fije...

Profesora —Pero... ¿Qué querés, que te ponga un diez? Tus compañeros van a desconfiar. Entendeme, querido...

Juan —No, yo quiero que sume esto, nada más, a ver si...

Profesora —Está bien, te pongo un diez. (Le tira la llave). Subite al auto que vamos para casa. Dale que mi marido está en un picnic.

Juan —Deje, me quedo con el seis, gracias igual (Sale).

Profesora —(Saliendo por izquierda). Mocosos estúpidos. Este debe ser un pajarito de aquellos. (Gritando hacia izquierda): ¡González, venga acá!

(Entra la Madre barriendo. Juan va hacia izquierda simulando entrar a su casa):

Juan —Má... ¿qué hacés? No sabés lo que me pasó.

Madre —¿Qué te pasó?

Juan —Primero fue en la calle. Había una mina. Le pregunté la hora, y se pensó que me la quería empomar. Y después en la facultad, le digo a la profesora que se equivocó al sumarme la nota, y en vez de fijarse en el parcial, me quiso subir la nota a cambio de que me la empome. (Desesperado). Estamos todos locos.

Madre —Es una vergüenza, todo es sexo. En la televisión, en la calle. Yo no sé dónde vamos a ir a parar. Una vergüenza, una vergüenza.

Juan —Están todos locos. Parece que lo único que importa es garchar y garchar... ¡Dejensé de joder!

Madre —Así estamos. No hay valores, no hay moral...

Juan —Y sí..., pucha..., no hay nada que hacerle...

(Cambiando de tema). Che, má, ¿me hacés una...

Madre —(Exaltada). ¿Qué? Lo único que faltaba. Que te ayude a masturbarte.

Juan —No má... ¿Qué decís? Te decía si me hacías una leche...

Madre —Pero vos no tenés vergüenza, soy tu madre, cómo me vas a decir que... (Se da cuenta de la supuesta indirecta de su hijo. Sorprendidísima). ¿La leche?... Sos un degenerado... vas a ver cuando venga tu padre... (Saliendo)... pervertido...

Juan —(No lo puede creer. Mirando al público). ¿Qué pasa señor? ¿Yo qué? ¿Qué yo le mire las gambas de su novia? No señor, yo miraba... No está equivocado... Pero mire si me voy a querer coger a su novia... Sí, sí es linda... pero... Ma`sí... andate a la puta que te parió. Vayansé todos a la puta que los parió.  
(Sale)

## Motel Temático

Paola

Javier

(Se escuchan las voces de los personajes que van llegando desde afuera al escenario):

Javier —Dale, vamos.

Paola —Yo quería la otra...

Javier —Dale que se me cae todo.

Paola —(Entrando ambos. Él lleva un colchón inflable en la mano). ¿Y cómo te van a dar todo así? (Ella recorre el escenario. No le gusta lo que ve): Esto es horrible.

Javier —Era la única que había. Para colmo era la más cara.

Paola —(Juega con un control remoto que le dieron y va apagando y prendiendo los reflectores): Yo te había dicho que quería la habitación de Tarzán. Sabrina me dijo que está espectacular. Ahí fue donde debuto con su nuevo novio.

Pobrecita, si la hubieses visto, no pudo moverse hasta el otro día.

Javier —(Indiferente): Pobre Sabrina.

Paola —Me dijo que la habitación está llena de lianas. Y hasta hay un mono que te mira, y se toca, mientras vos estas ahí, meta que dale.

Javier —Bueno. Esperemos que la próxima vez esté desocupada.

Paola —¿Y quién te dijo que la próxima vez voy a venir con vos? Todavía no conozco tus dotes.

Javier —Ya los vas a conocer.

Paola —(Desconfiada). Esperemos (Él no entiende). ¿Ésta habitación cómo se llama?

Javier —(Hace memoria). Teatro..., creo que me dijo. Sí, teatro.

Paola — Mirá. Yo siempre quise estudiar teatro. Mi sueño es llegar a la televisión. Pero todo el mundo sabe que se empieza por el teatro...

Javier —(Indiferente). Sí, claro. Dale, che. Hagámoslo de una vez, que se nos va a acabar el turno.

Paola —Paciencia, paciencia. (Sigue jugando con el control remoto).

Javier —¿Y? ¿Lo hacemos o no?

Paola — (Tomando la decisión). Bueno, está bien. Pero si hay una próxima vez, vamos a una habitación más entretenida.

Javier —Te lo prometo. (Le hace un gesto de invitación al colchón. Ella sin mucho ánimo va hasta el colchón y se tira. Él empieza a besarla en el cuello para que empiece a pasar algo. Ella no le da mucha pelota. De repente descubre al público. No lo puede creer. Le gusta que la estén mirando).

Paola — Mirá. Hay gente.

Javier —(Repite sin entender). Sí..., gente..., gente...

Paola —Boludo, hay gente.

Javier —(Mira para adelante y los descubre). ¡Hay gente!  
¿Serán muñecos? (Mira bien). No, son de verdad. Mirá cómo se ríe aquel tipo. (Pensando y entendiendo de a poco). Con razón era la habitación más cara. Viene hasta con público.

Paola — Este telo es una maravilla.

Javier —Pero... me tendrían que haber avisado antes...

Paola — Y...sí.

Javier —(Juntando la ropa). Vamos.

Paola —¿Adónde?

Javier —No sé. A otro lugar..., yo que sé.

Paola — ¿Por?

Javier —No lo vamos a hacer con la gente ahí.

Paola —¿Por qué no?

Javier —¿Vos estás loca? Dale, no jodás, che. (Comienza a enroscar el colchón).

Paola — Dale, vení. Dejá que nos miren.

Javier —¿Vos estás en pedo, nena? ¿Qué te pasa?... ¿Y si hay alguno que te conoce?

Paola —(Arrojándosele encima). No me importa. No me importa nada. Vení, haceme tuya...

Javier —¡No! Vos no entendés..., es que..., él..., no sé si se va a... (Haciendo un pequeño gesto) ...con la gente ahí.

Paola —Ah... ¿Es eso?... Igual sin gente me dijeron que...

Javier —Callate, boluda. ¿Qué decís? ¿Quién te dijo eso?

Paola — No, nadie... (Irónica).

Javier —Ya sé, fue la hija de puta de Carina ¿no? Claro. Pero seguramente ella no te contó que quería que me meta un... (toma conciencia de la gente) ...mirá...

Paola — Bueno, che, no te pongas así. Si no se te para, no se te para. Hay que hacerse cargo de la realidad... ¿No?

Javier —¿Pero... qué te pasa?

Paola — Bueno. Hagamos una cosa. Si se te para, vení y demostrameló..., demostrame que sos un macho.

Javier —(Enojado). ¿Querés que te lo demuestre?

(Preparándose). Ahí voy, eh... Vas a ver..., preparate..., me vas conocer... (Corre hacia ella, se frena de golpe, mira al público). No, con la gente ahí no puedo.

Paola — Bueno... Será como dice Carina, entonces...

Javier —Andate a la mierda, pelotuda. Te digo que con la gente ahí no puedo.

Paola —¿Por qué no podés? ¿Tenés miedo de hacer el ridículo?

Dale..., ellos te apoyan. (A público). ¿No que lo apoyan?

(Alentándolos a aplaudir y aplaudiendo. Como un cántico):

¡Que se-le-pare! ¡Que se-le-pare!

Javier —(Se mire entre las piernas, la mira a ella): No, no puedo.

Paola —¿Ni siquiera lo vas a intentar? ¡Qué vergüenza! Ahí lo tienen, señores. ¡Un hombre al que no se le para!

Javier —(Destrozado en su orgullo). ¿Sabés qué?... Anda a la recalcada concha de tu madre. Hija de puta. (Mira a la gente). Hacete empomar por alguno del público. Chau. (Saliendo). La puta que te parió. (Vuelve a entrar y le arroja la colchoneta). Forra.

Paola —(Agarra la colchoneta. Mira hacia el público). A ver... a ver... (Señalando) Vos, el pelado.

El departamento

Julio

Mónica

Lucas

(Entra Julio, el empleado de la inmobiliaria. Acomoda las cosas innecesariamente. Está nervioso. Golpean a la puerta. Entran Mónica y Lucas abrazados):

Julio —Pasen. (Abriéndole camino. Refiriéndose al departamento): Es éste. Miren tranquilos.

Mónica —(A Lucas): Tenías razón. Está muy bueno.

Lucas —Te dije que estaba lindo.

Julio —Tiene ventana a la calle, buena iluminación...

Mónica —(Se acerca a la cuarta pared y simula una ventana.

Mira a través de ésta. A público): ¡Qué vista copada!

Julio —Sí, son pocos los departamentos de este edificio que dan a la calle. Aparte es muy ventilado, porque está justo en la esquina. (A Lucas). Le haría falta una manito de pintura no más.

Lucas —Eso es lo de menos. A mí me encanta. (A Mónica que no para de mirar todo). ¿Y? ¿Te convence, mi amor?

Mónica —Sí, me encanta.

Lucas —¿Y adivina que hay allá?

Mónica —(Señalando a la derecha. A la expectativa): ¿Allá?

Julio —Está el otro ambiente con el baño.

Mónica —(Emocionada): ¿En suite?

Lucas —(Emocionado. Aseverando): En suite.

Mónica —(Ella grita como una desquiciada): ¡Ahhhhhhh!

¡Tiene baño en suite! ¡Qué bueno!

Lucas —(A Julio): ¿No sabe si el bidet tiene un buen chorro?

Julio —(Anonadado por la pregunta): La verdad es que... no sé..., nos podríamos fijar... si usted quiere...

Lucas —(A Julio, mientras le presiona un glúteo a Mónica): Porque se necesita de un buen chorro para higienizar semejante pedazo de ojete.

Mónica —(Julio traga saliva. Paralizado. Mónica riendo como tonta): ¡Luqui! (A Julio): ¿Puedo pasar a ver?

Julio —Sí,... sí..., pase, vea tranquila.

Mónica —(Saliendo por derecha). Bueno, permiso.

Lucas —(Como en confidencia): Dígame la verdad. ¿No está increíble?

Julio —¿Le soy sincero? Para ser un departamento de dos ambientes, es muy cómodo y completo.

Lucas —No hablo del depto. Hablo del pedazo de ojete.

Julio —¿Eh?

Mónica —(Entrando e interrumpiendo y gritando emocionada nuevamente:) ¡Ese otro ambiente está espectacular! Ahí va a ser el dormitorio. (Señalando a la derecha) Vamos a poner la cabecera de la cama contra la pared, y ahí...

Lucas —(Acercándosele y apretujándola) Ahí te voy a hacer relinchar los mofletes. (Hace como un relincho).

Mónica —(Risueña). ¡Ay, mi amorcito! (Juegan a relincharse. A Julio). ¿Puedo usar al baño?

Julio —Sí, pase, pase.

Mónica —(Saliendo por derecha. Emocionada). ¡Qué bueno!  
¡Baño en suite!

Lucas —(Cuando Mónica está saliendo. Señalando). Eso es de lo que le hablaba. ¿Vio ese ojete? (Julio en shock). No se haga el inocente. Nadie se puede resistir a esa jugosa manzana del placer.

Julio —No, yo...

Lucas —Está bien, amigo, no se ponga nervioso... Aunque, esas caderas, hacen tambalear a cualquiera. ¿Usted vive por acá?

Julio —Sí, vivo un par de pisos más arriba. Lo que pasa es que me dijeron los de la inmobiliaria: Andá a mostrarle el departamento a esta gente. Quién sabe después te podemos dar algo de laburo...

Lucas —(Emocionadísimo) ¡Qué bueno, amigo!

Julio —¿Sí?

Lucas —Y sí. A ver si se pasa una noche de estas a visitarnos entonces.

Julio —(Pasmado) No... No quisiera molestar.

Lucas —Al contrario, amigo, para nosotros sería un placer recibirlo.

Julio —Pero...

Lucas —Imaginesé. Usted fue el que nos mostró por primera vez nuestro nidito de amor. Usted va a ser quien nos entregue la llave de la felicidad.

Julio —¿Ah sí?

Lucas —Y sí. Es lógico. Además, si viene a visitarnos, hablaremos maravillas de usted.

Julio —¿Sí?

Mónica —(Entra Mónica, trae el cabello mojado y lleva puesto solo un tallón. Gritando). No sabés que buen chorro tiene la ducha.

Lucas —(Feliz). Te bañaste. (Julio no lo puede creer). ¿A que no sabés? El señor es nuestro vecino. (Arroja a Julio contra Mónica y esta lo levanta en el aire).

Mónica —Vecino, vecino.

Lucas —(Riendo a carcajadas como si fuese el mejor chiste) Muy bueno, muy bueno. (Julio hace una mueca de sonrisa). Dígame si no es graciosa.

Julio —Sí..., sí..., muy... graciosa.

Mónica —(Yendo hacia Lucas). No veo la hora de que nos entreguen el departamento.

Julio —¿Quieren ir a firmar los papeles ahora?

Lucas —(A Mónica): ¿Vos qué opinás?

Mónica —Firmemos ya. No veo la hora de que me revuelquen por todo el depto.

Lucas —(Sensual). Sí, mi amor, sí. (La empieza a manosear. Le besa el cuello. Julio mira hipnotizado. Lucas lo mira a él sin dejar de hacer su trabajo. Y le insinúa que la agarre por detrás. Él corre la vista).

Mónica —(Orgásmica). Luqui, amor, haceme todo. (Al cielo en un grito). Háganme todo.

Julio —(Se le salen los ojos de las orbitas. Simula toser. Ve que no paran). Quieren... ahora... ir... firmar... ahora... ¿Eh? (Termina gritando incoherencias).

Lucas —(Abstraído). ¿Cómo?

Julio —El contrato. (Mónica le susurra algo al oído a Lucas).

Lucas —Ah sí. Sólo firmaremos con una condición.

Julio —Digamé.

Lucas —Que venga usted a nuestra inauguración.

Julio —Pero... no sé...

Mónica —Entonces no firmamos nada. (Lucas hace gestos a Julio para que le diga que sí).

Julio —Vengo.

Mónica —Bravo. (Le vuelve a abrazar). Mi Vecino, mi vecino. (Julio sonrío ya resignado).

Julio —¿Firmamos entonces?

Lucas —Así es.

Julio —¿Vamos para la inmobiliaria?

Mónica —Esperen que me cambio. (A Julio). ¿Me ayuda?

Julio —¿Me habla a mí?

Mónica —Y sí, vecino.

Julio —No, yo no... pero... (Lo mira a Lucas).

Lucas —Ayudelá, por favor.

Julio —¿Están locos?

Mónica —Entonces no firmamos nada.

Lucas —Por favor, amigo, a mí me encanta este departamento.

No me haga perder la oportunidad.

Julio —Pero...

Mónica —(Saliendo. Sensual). Venga, ayúdeme. Sea bueno.

Julio —(Sale detrás de ella con la cabeza gacha resignado). Está bien, si no me dejan alternativa...

Lucas —Así me gusta. Sea solidario con sus futuros vecinos.

(Ambos salen. Lucas se pone a leer el contrato).

Mónica —(Desde afuera). ¿Qué hacés, desubicado? (Se escucha un cachetazo. Lucas se sorprende y va a mirar hacia derecha.

Mónica entrando y gritando histérica. Ya está vestida. Julio entra con el salto de cama que traía Mónica, con los pantalones bajos y con el corpiño en la mano). Me tocó un seno. El Animal me tocó un seno.

Julio —Se me resbaló el corpiño, señorita. No fue a propósito.

Lucas — (Enfurecido). Pero... ¿Cómo se atreve? Usted es un degenerado; un... (buscando la palabra) ...pervertido de mierda.

Julio —¿Qué?

Lucas —Va a ver lo que le espera...

Julio —¿Qué dice? Si fue usted el que me insinuó que me la...

Lucas —¡No! ¡Usted no tiene vergüenza! Una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa. ¡Los senos son sagrados! Son los frutos, el alimento de mis futuros hijos. Usted no tiene derecho. ¡Lacra endemoniada! ¡Proyecto de ser humano! Voy a ir a hablar con la inmobiliaria. Ya va a ver lo que le espera. Vamonós, mi amor. (Saliendo). Esto es para que veas que no se puede confiar en nadie. Ni en los vecinos. ¡Ni en los vecinos!

Julio —No, por favor. Es mi primer trabajo. Tenga piedad. (Se queda con el corpiño en la mano). Por favor. (Trata de correrla a ella y se cae al piso). ¡Por favor! (Apagón).